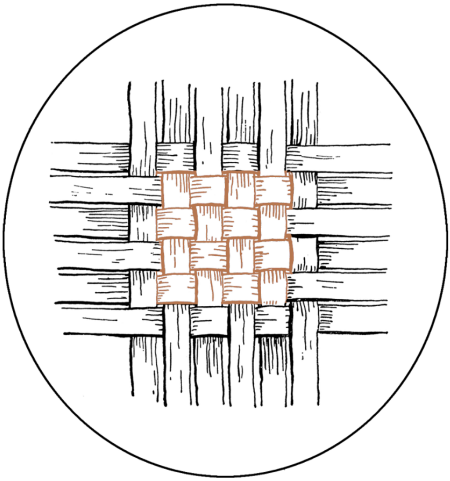
Ningún donde

(Poemas)



Ningún donde | Víctor Olaya

2020

Ningún donde.
Víctor Olaya.

Copyright ©Víctor Olaya, 2020.

Cuando el otoño como ahora
vence a los arboles y deja
descubiertos los nidos emplumados,
los pequeños hogares donde la vida
halló una morada en el cuerpo de un ave,
hoy reclamo para los niños que suben
en busca de una cáscara azul
donde aún vive el germen de una sonrisa.

Cuando un día tal como éste
puedo sostener una mirada
que creí perdida, recordar,
esconder el miedo, asir en despedida
un cuerpo que no ha de volver
hasta que el destino medie,
preguntarme tantas cosas
para las que sé que el afecto
no guarda respuesta.

Éstos no son sino dos
—los más hermosos, tal vez—
de los instantes en que aprendo a llorar y lloro

como si nada importase, momentos cualquiera,
pequeñas islas entre la catarsis
y un fin más cercano.

Y quiero escribirlos aquí
para empezar a creer de una vez por todas
que existe alguna belleza, algún sentido
en este amargor de la distancia,
este goteo de daños,
el virulento rencor para con quien un día
cometió la grave imprudencia
de concederme el llanto.

Mi ciudad no tiene mar
ni una playa en que acunar el miedo,
ni conchas, ni gaviotas,
ni un paseo lento junto al rugir de las olas.
No existe aquí otra arena
salvo la que corre entre las manos
cuarteadas de mi memoria.

Aun así, cada día tengo
frente a tu recuerdo esa sensación
de fuga y ensueño,
imaginar lo desconocido al otro lado,
un sentir como de isla remota
en cada mirada ajena.

Mi ciudad no tiene un horizonte allá a lo lejos
ni el límite de una playa
tras la cual sólo puedan viajar los anhelos.

Pero la soledad azota como el poniente
y toda cárcel arrastra siempre
una hermana libertad al otro lado de la reja.

Eludible como toda disputa,
a buen seguro esta vida tiene
no tan oculto un lugar
donde posar los miedos más fieros,
el recodo que ahora busco a tientas
entre los ojos vivos de un mercado
poblado a partes iguales
de frutas y esperanzas.

Hileras de deseos y nostalgias
que pelean por un espacio único
donde compartir la palabra exacta,
ese mismo lenguaje que cada cual funda
cuando pronuncia sus ansias ante otra mirada.

Y mi lugar allá a lo lejos,
en la espalda de lo que no he contado,
tras las lecciones más intensas
que guardé para mí mismo.

Amargamente,
no me es difícil entender ahora
que lo que de verdad ha de dolerme aquí adentro

no es la edad sino el silencio,
la voz lenitiva y ausente
de tan hiriente repetida.

Y el haber descubierto demasiado pronto
que por cada hombre que deja una huella
hay otro detrás que la borra,

mas no siempre uno que la sigue.

Jamás hice volar con mis manos
otra cometa que estos versos,
el hilo tenso de la palabra,
un cielo no siempre presagio de esperanza.
Mas aún no es tarde para nada
—eso dices—
y te prometo salir una mañana
a ventear la validez de mi futuro,
airear la esperanza que guardo
sin importarme su firmeza.

Aún no es tarde para nada,
se trata tan sólo de una cuestión de contexto,
aprender a dejar atrás los años
como migas oscuras
hacia la nada de aquel que fuimos,
restos a devorar por las aves del ansia.

Le tengo envidia los turistas
que se hacen fotos en los mismos lugares tristes
donde yo cada día paseo mi desidia,
como si al igual que ellos
tuviera también que partir lejos,

dejar algo atrás, apresurarme en esta huida,
y no fuera un problema de tiempo o de espacio,
sino de integridad en la mirada.

Aún no es tarde para nada
—eso dices—
o tal vez lo sea para casi todo,
tal vez de nada valga la prisa
y debamos sentarnos en silencio
a contemplar cómo se posa la vida
igual que el polvo sobre los libros viejos
ávidos de nueva lectura.

Quisiera acostarme algún día
sin haber aprendido nada nuevo.

Es hermoso tener un pasado,
una historia a la que acudir
para citar los hechos que nos dieron forma;
poder decir, por ejemplo,
que hoy nieva como no lo hizo antes
desde que perdí tus manos,
que ya no hay como entonces
un vía de escape
en los atardeceres.

Es hermoso tener un pasado,
la carta de identidad
de nuestro solariego vagar
a través de la nada, un plano
para explicar que a este hombre que somos
puede llegarse por caminos distintos,
por recuerdos dulces o nostalgias,
por orgullos o estigmas,
por heridas, siempre por heridas,
más o menos profundas según se tercie
a cada instante en el filo

inquietante de noches como ésta.

Es hermoso tener un pasado,
diría poético incluso, como si alguien
allá en lo hondo nos contase
quiénes fuimos o quiénes no fuimos.
Leer lo que uno tuvo
y sentarse a recordar
frente a la ultima estrella.

Hermoso, muy hermoso.

Mas la belleza, ya se sabe,
la mayor parte de las veces
es algo inútil.

Cuando se ha sido
rutinario como el alba, sin sobresaltos
ni augurios de bonanza más allá de un sueño,
¿qué cabe esperar que la vida otorgue
a cambio de un poco de valentía?

Hice acopio de valor,
pedí por mi boca cuanto mi boca necesitaba…
Y al silencio sucedió el silencio,
una puesta de sol, otro invierno,
el ciclo mismo que ya sabéis.

Si se ha guardado silencio ante los días
y no se pidió nunca al ocaso
un poco más de luz para alumbrar una caricia,
¿qué cambio puede aguardarse ya
sino ninguno?

Regreso a casa de mis padres
y mi madre aún conserva mi habitación
tal y como era antes de mi marcha.

Y al dormir en ella vuelvo a llorar
las mismas heridas de entonces,
el amor que busco,
el mismo desángel amargo de ser quien soy.

Tres años después,
octubre ha vuelto y trae los miedos de siempre,
la humedad de las mañanas
en que ya no eres un recuerdo vencido.

Me quedo en casa mientras los parques
se llenan de parejas que se cuentan
como un secreto sin sentido
el rojo fulgor de los árboles otoñados.

Sigo sin ver la hermosura
en el ardiente caer de las hojas secas.

Ninguna pérdida debiera ser celebrada.

Porque nunca guardé otra fe
más que ese miedo encendido a no tenerte,
también yo soy el blasfemo
que en las noches tristes
maldijo a su pequeño dios
y a un paso estuvo
de vender su alma a cualquier precio.

Mucho tiempo después,
ya no duelen las heridas, pero quedan
los símbolos que alumbran el arrepentimiento,
como estas feas cicatrices entonces sin importancia
que ahora me dicen que de niño
debí haber sido más cuidadoso.

Para salvarme de todo aquello,
debí haber olvidado mis rezos,
las tablas de la ley de tus cartas breves,
los símbolos sagrados que aún conservo.

Y haber arrojado al fuego
mis ídolos de barro,
tú entre ellos.

No quedan tras el amor confidencias
ni complicidades, sólo inquietudes,
enemigos, dictaduras.

Dime, ¿cómo se delimita la frontera
entre quien sojuzga y quien libera?
¿Es acaso más noble sanar la herida
que abrirla apasionadamente
a golpe de deseo?

Ahora pon las manos donde yo pueda verlas,
el contacto es un arma poderosa
si no sabe administrarse. Me hubiera gustado
descubrir más puntos débiles en tu cuerpo,
lugares donde no pudieras parapetar el alma,
no haberme entretenido en el ataque,
haber desarrollado otra estrategia.

Sin embargo,
¿qué pasión tiene valor
si no se entrega a quemarropa?
¿qué verbo cobra sentido en el amor
si no puede después

ser utilizado en nuestra contra?

No quedan tras el amor recompensas,
sólo deseos truncados y una sed de venganza
sobre los labios.

Por ello,
acepta de mí un ultimo consejo:
más por una cuestión de confianza
que por mera nostalgia,
no me des hoy la espalda
mientras te alejas.

Mienten quienes dicen que el odio no reconforta.
Tú me haces odiar todo
lo que dejé atrás, todo cuanto me lleva
hasta ti
sin importar que tal vez
fue el necesario camino para encontrarte.
Atrás quedan sólo enemigos
a quienes obsequiar desprecio,
lejanos otros
a quienes mostrar mi felicidad como un botín
de la batalla que gané frente a su recuerdo.

Mienten quienes dicen que el odio no reconforta.
Como la venganza,
el odio es un bálsamo cálido
para las manos vacías,
y hoy a través de ti me vengo de todo mi pasado,
de viejos amigos o enemigos,
les odio y les traiciono para que sepan
que fuera cual fuera su objetivo
no han sabido lograrlo;
que yo vencí,

que tú venciste,
y que todo esto es obra tuya,
de tu cuerpo,
tu sangre la única fuerza
que construye mi futura nostalgia.

Me iría de aquí si pudiera.
Cuando digo *aquí*
quiero decir
a veces
estos versos,
otras veces
la ciudad que habito
y donde sin ti no siempre es fácil
procurarse calma,
o este instante mejorable
o la vida misma
a la que cuando estás lejos
no le encuentro sentido.

Según el momento,
tengo un alma nómada,
un espíritu inconformista
o una vocación suicida,
pero siempre
siempre
esta dolorosa sensación
de no hallarme nunca donde debiera.

Aunque todo ya se haya dicho
yo quiero contar lo mío,
narrar el daño a sabiendas
de que no soy el primer hombre
que pasa una noche a solas,
abandonarme ante los versos
lejos ya de quien por primera vez
deseó no ser uno mismo,
despertar bajo otro nombre,
sindicar en otro cuerpo sus hilos de desidia.

Y volver a contar de nuevo lo de las tardes tristes,
hablar de la memoria y la nostalgia,
cada cual a sus recuerdos
y el dolor en el de todos,
la historia repetida de lo incierto.

Porque no radica el daño en la certeza
aciaga de ser el primero que sufre,
sino más bien, como todo apunta,
en esta acechante duda de no saber
si acaso se es el último.

Son siempre las mismas verdades
las que uno olvida con insistencia cuando desea:
los inicios de otras ansias pasadas,
los primeros errores, la moraleja aprendida
al final de las historias.

He aquí el porqué
de que no escribamos reglas sobre la voluntad de amar
y mucho menos las aprendamos,
tan sólo por un instante asumamos un rumbo
que es sin embargo voluble,
proclive a virar en redondo,
según refluye la sangre.

Estéril es el llanto que se vierte
por quien aún no ha dejado recuerdo,
como beber de un odre cualquiera
jugos aún sin cuerpo, la fruta
mondada en la rama aún inmadura.

Ya se sabe, el amor es violento y repentino,
pero el dolor se ha de moler paciente
y dejar que decante con el tiempo.

No es tan difícil prever
cuál de estos sentimientos
habrá de sobrevivir al otro.

Hay maneras de golpear a un hombre
y no dejar huella, puedes
torturar un cuerpo y que nadie sepa,
sólo el dolor por dentro atestiguando
y nada sobre la piel rosada,
como el paso del viento sobre las cimas.

Con el alma es distinto,
no es difícil reconocer
a un hombre herido, nadie puede
ocultar la amargura de un anhelo.

Mírame a los ojos y comprende.

Te recordé en ciudades
muy distintas a esta de ahora,
y en todas fue siempre lo mismo.

Aborrecí toda imagen de entonces
y quise siempre volver a casa;
ninguna calle ni rincón íntimo
pudo vencer a la nostalgia.

Si hay una virtud omnipresente en el amor
es la de despertar el odio
dondequiera que se invoque en vano.

Entre las iglesias
encontré un grupo de jóvenes pintores
que me hablaron de la belleza de esos templos
y me contaron de ellos
sus historias ocultas. Les vi comenzar sus obras,
cada cual interpretando para sí
la luz desconocida de ese instante.

Me detuve un poco más a contemplar la escena
antes de estrechar su mano
y seguir mi camino.

Ellos quedaron en mis versos.

Yo no en sus cuadros.

Todavía habrá quien diga
que merezco este sufrir por lo que hice,
los errores que cometí y no puedo aquí contar,
las tantas faltas para contigo.

Merecida o no esta soledad,
quiero yo desde estos versos exculparte hoy
de todo cuanto el desamor me trajo,
incondicionalmente mi pecho te absuelve del pasado,
solamente mía la responsabilidad de mis heridas.

De nada eres culpable, no temas,
yo asumo esta carga como ultima ofrenda
y quedas libre de culpa para lanzar
nuevamente la primera piedra del deseo;
adelante, ve, no te preocupes,
puedes marchar en paz
sin cargos,
sin antecedentes,
sin consecuencias,
sin señal alguna en el alma
salvo aquellas que mi propio amor
pudiera haberte dejado.

Cuando mi día esté cerca
me buscaré enemigos.

Traicionaré a los que amo,
abandonaré a mis amigos,
maldeciré a mi hermana,
ganaré el desprecio mayor
de todos los míos.

Porque nunca el odio es tan doloroso
como la muerte,
y el olvido a veces resulta la única esperanza.

Por todo el amor que me han dado,
ojalá pueda un día yo legarles
el bendito don de la indiferencia.

Árboles y hombres
acusan recibo de una primavera
acaecida por primera vez desde tu marcha.

Hay colores pulsando en las ramas,
pequeñas venganzas ante el rigor pasado de los fríos
y una liberación desatada en los campos
como revolución silenciosa. Mientras camina,
un niño danza
y resulta imposible no asombrarse de aquel
—dios o cólera pagana—
que crease en esta tierra
escenas tan henchidas de fruto.

Ante tanta belleza,
tanta desplegada voluntad de la vida,
hoy he pensado:
«¡Ah, qué hermoso lugar para consumirse!»

…y se enfriará el que más calienta primero
—Marina Tsvietáieva

La madera del cerezo y el amor,
ambos deben crecer despacio para ser nobles.

No creo en el amor a primera vista,
ciega el alma ese brutal destello del inicio
y no crece así repentina
la poma excelsa del cariño.

Yo te odié en el origen,
insignificante y desvalida,
para luego adorarte a corazón abierto.

La madera del cerezo y el amor,
ambos deben crecer despacio para ser nobles.

Mas el árbol puede talarse
sin menosprecio de mi alma, y el amor,
tembloroso como los álamos,
duele a savia viva cuando tú lo cercenas.

Todo esto hemos amado y es inmenso:
lugares, sonidos, versos, luces…
demasiado tal vez
para nuestras pequeñas manos náufragas.

Y me inclino a pensar en esta tarde
que tal vez sea el silencio
a quien debamos culpar de este destino,
la falta de una breve y necesaria exégesis, ausente
porque apenas sabíamos, desconocíamos
las palabras, los significados de los gestos,
entregados cual éramos a aquel abrigo
ojalá recuperable hoy en nueva lectura.

Todo esto perdimos y es inmenso,
la pasión malograda en un instante, un segundo,
pues eso y no más duró
aquel tiempo apurado.

Ahora he comenzado a hablarte con la voz
que entonces no supe encontrar dentro de mí,
con las palabras que no supe decir
y aprendiendo a callar cuando el amor así lo exige.

Ya ves que he vuelto a escribir algún que otro verso
y paso las noches sentado frente al recuerdo
sin saber exactamente
qué espero recibir del mañana,
qué se supone que debo pedirme a mí mismo
o qué gesta debiera realizar para recuperarme.

Y cual una antigua plegaria,
un hilo de fe ovillado en tu memoria,
sigo repitiendo una vez más
el anciano testamento que legaste,
las consignas y los credos,
las plegarias ya inútiles,
aquel único axioma válido de tu pecho.

Te advierto,
no es necesaria la lente
para observar las estrellas, tampoco a ti misma,
tu pudor es un cielo en plenitud y has de saberlo,
también un lenguaje, conozco ambos,
repíteme tus instintos y yo conjugaré tus ojos,
los astros no me son favorables, lo sé, así que
puedes creerme o ponerme en duda,
no me importa, estoy solo y, a fin de cuentas,
ya no piensas en mí cuando te escondes
de la noche en otro cuerpo,
otro lejano
hemisferio del mundo.

Mi madre,
orgullosa, sin duda,
te contará que aprendí a leer muy temprano,
que cantaba las palabras,
los nombres sencillos de las cosas,
los letreros azules de las calles
bajo los cuales hoy sé que suceden historias.

Como homenaje a esos otros momentos
de los que fuimos dueños,
tan sólo esto has de llevarte ahora
lejos de mí y de estas brumas;
sólo las anécdotas, los cuentos,
mientras te desvinculas de esa ira
que comparten siempre quienes aman;
sólo la voluntad de transmitir un relato
que apenas habla de cuanto un día hicimos,
las palabras sencillas de mi madre
explicando, tal vez, esta afición
mía a los versos,
las líneas lentas que hoy te ofrezco.

Porque la soledad es un sustento ázimo

que debe aprenderse a roer con estoicismo,
difícil, sin duda, cual un nacimiento,
y así se antoja cuando hoy miro
desde el balcón de este instante
hacia el sur de la nostalgia,
más allá de cuanto fui,
cuanto fuimos,
infinitamente allende la experiencia.

Nada debes llevarte
salvo lo que bajo la ley del calor nos pertenece,
muy poco ya, apenas nada, exiguo bronce,
pues toda ruptura demuestra ilegítimos
los trofeos alcanzados. Nada debes llevarte
y nada dejar,
nada junto a mí, sólo las derrotas,
las mareas,
la perspectiva de un tiempo que pasa,
una flor quebrada.

Y el olvido,
este mismo olvido
        quizás
            nada sino el pan más cierto,
            el básico sustento
            para tan arduo camino.

Tantas y tantas almas
—tú entre ellas—
que habrán de pasar por la vida
sin saber de estos versos, ignorando
el ala negra de mi pecho
que se vierte sobre la sombra.

También pienso en vosotros cuando escribo,
en vuestras tardes sencillas, vuestras costumbres,
la manera que tienen los días
de situarnos a cada uno
donde nuestros llantos entre sí no interfieran,
donde cada cual pueda vencerse
en paz consigo mismo.

Y me agrada creer que aún hoy sigues igual,
a salvo del duelo y la muerte, arropada
al margen de toda tragedia y sin saber de mí
más que unas pocas palabras de vez en cuando;
me agrada creer que no falla el engaño
y desconoces las heridas, sigues igual que antes,
creyendo que el tiempo me es benévolo
y me aguarda la suerte,

desinformada de la sangre, el odio,
por completo incultivada en mi dolor y mi nostalgia.

Y he aquí tu grandeza de guerrero:
recorrer el escenario de la lucha
sin apenas reparar en la muerte que dejas.

Te encantaban los nombres de los pueblos,
recorrer las pequeñas ciudades
interrogando a las gentes, comprendiendo
la toponimia en la que se destila la historia,
las voces antiguas y los sueños.

Mapas trazados con palabras,
rutas de una voz desgarrada, verídica,
viajes de verbo y silabas
dispuestas a tus ojos de manera curiosa,
y te recuerdo en noches como aquella,
una lluvia fiera,
un pueblo de apenas cien almas, una casa oscura,
preguntándote el porqué de todos esos vocablos.

Ahora, mientras conduzco hacia otra ciudad,
algo me falta sin duda junto a mis miedos,
alguien en el asiento de al lado
que otorgue voz a los caminos
y sonría ante los nombres de las aldeas,
una mano que estrechar imprudente,
una pierna en la que deslizar una caricia
y desviar la vista de la carretera

para observarte tan llena de futuro.

Ahora, mientras dejo atrás pueblos y vidas,
cada kilómetro confirma en mí
que de aquella geografía no me resta ya
sino el recuerdo,
las imágenes y las voces,
los paisajes, la lluvia,
el honor de haber asumido en otro tiempo
el veraz gentilicio de tu cuerpo.

En honor de aquella virtud
de la que un día fuimos apóstoles,
aprendemos que hay lugares en nuestra historia
a los que no podremos ya regresar
sin sentir cierta recompensa,
espacios que llena el sueño
como si cada rincón explicara
el origen de una conquista,
como si haber estado allí supusiera para nosotros
desempolvar de su exilio una victoria aún no cobrada.

Atreverme a tus calles
resulta no más una confirmación
exacta de cuanto fuimos,
imágenes que giran sobre nosotros
como sabemos que orbitan los sueños
cuando fueron bienvenidos, la prueba última
de que nuestra memoria
va ordenando a su antojo todo lo pasado.

Sentado aquí,
me alcanzará el destino una vez más
y nada he de temer hasta entonces,

no cultivar inquietud alguna sobre la vida,
ni plantearme la verdad
de ninguna hermosura.

Guardo la paciencia insondable del cazador.

Mía es la ignorante tranquilidad de la presa.

Índice

Página

Cuando el otoño como ahora 1
Mi ciudad no tiene mar 3
Solventable como toda disputa 4
Jamás hice volar con mis manos 6
Es hermoso tener un pasado 8
Cuando se ha sido 10
Tres años después 12
Porque nunca guardé otra fe 13
No quedan tras el amor confidencias 14
Mienten quienes dicen que el odio no reconforta 16
Me iría de aquí si pudiera 18
Aunque todo ya se haya dicho 19
Son siempre las mismas verdades 20
Estéril es el llanto que se vierte 21
Hay maneras de pegar a un hombre 22
Te recordé en ciudades 23
Entre las iglesias 24
Todavía habrá quien diga 25

Cuando mi día esté cerca 26
Árboles y hombres 27
La madera del cerezo y el amor 28
Todo esto hemos amado y es inmenso 29
Te advierto 31
Mi madre, orgullosa, sin duda 32
Tantas y tantas almas 34
Te encantaban los nombres de los pueblos . . . 36
En honor de aquella virtud 38